

HERNANDO EL HALCONERO.

(TRADICION DE LA FUENTE DE SANTA AGUEDA.)

Ya sale Hernando el halconero de su vieja torre de Garteiz, camino de la ermita de Santa Agueda, acompañado de su alado compañero que nunca le abandona. Ya trepa la empinada cuesta en cuya cúspide se asienta el venerado santuario que, como nido de águila, domina las colinas y los verdes y poblados valles. ¡Qué cielo tan azul! ¡Qué luz tan brillante derrama el sol sobre aquellas praderas de esmeralda, sobre aquellos árboles que, hinchados ya por la inquieta sábia, rompen, para mostrar sus galas, el sudario en que el invierno les tenia envueltos. La atmósfera que les rodea es pura y templada, como lo es siempre en Vizcaya en los hermosos días de Febrero; y tórtolas y calandrias que en amorosos bandos surcan el espacio llegadas desde lejanas tierras, anuncian con sus arrullos y gorjeos la proximidad de la primavera.

Allá á lo léjos en alegres caravanas se divisan las gentes que de los pueblos de Baracaldo, San Salvador, Sestao, Portugalete y Santurce, y de sus populosos barrios de Uriosto y Castrejana, de Ciérvana y Pucheta acuden á la romería de Sta. Agueda, lanzando al aire de cuando en cuando el agudo ujujú que brota de sus robustos pechos. Es de ver el admirable contraste que forman los colores de sus brillantes y abigarrados trajes con el de la tupida alfombra de verdura de aquellos campos que por Julio se tornarán en doradas y nutritivas espigas; y es de ver con qué soltura y agilidad trepan la dura pendiente, yá asidos de las manos, yá ceñidas las cinturas por los brazos, bailando al compás del alegre tamboril.

Todo esto lo vé Hernando, nó con animados y entusiastas ojos,

sino con cierta indiferencia y melancolía impropias de sus años juveniles; y es, porque desde el retiro de la vieja torre que habita no ve cómo el sol dora las mieses y verdea las selvas; ni oye cómo cantan y se enamoran los pájaros bajo su sombrío follaje. ¡Ah! el halconero que deja correr los mejores días de su vida encerrado en Garteiz esclavo del señor á quien sirve, comprende en aquellos instantes que nada hay más hermoso que esa santa independencia de los campesinos que acuden á Sta. Agueda, libres como el aire, y que, aunque habitan en humildes caserías, son más felices que él, por doradas que sean las techumbres que le cobijan.

Una banda de palomas torcaces que rápida cruzó el espacio en aquellos momentos, le distrajo de pensamientos tan tristes; y soltando al halcon que aprisionaba su mano para darlas caza, continuó subiendo la montaña, triste y melancólico. Pero tuvo sed, y no halló en aquellos contornos agua donde apagarla; y se le hacia más ardiente, á medida que agitaba el paso para encontrarla. Un hilo de plata bañado por el sol que serpenteaba por entre la yerba de la ladera, no de allí muy lejano, colmó su ávido deseo; y dirigiéndose presurosamente á él, observó que ya el halcon se cernía sobre su cabeza sin haber logrado hacer presa en las torcaces.

Inclinaba la frente sobre el arroyo y aplicaba el lábio en el agua, cuando un tremendo picotazo que le asestó el halcon en la nuca, le hizo incorporarse rápidamente sin beberla. La aristocrática ave remontó el vuelo en seguida hasta el punto de no temer ningun castigo. Tornó Hernando á intentar beber el agua del arroyo, y tornó el halcon á asestarle otro más tremendo picotazo; é irritado con esta nueva é inesperada agresion, amenazóle con un grueso tronco de leña que halló á la mano. Por tercera vez humilló la cabeza sobre el arroyo, y de nuevo se precipitó sobre él el halcon; pero no yá para asestarle un picotazo como en las dos veces anteriores, sino para abrirle con las garras dos largas aunque no profundas heridas.

La ira del halconero llegó á su colmo al sentirse herido y ver correr la sangre por su rostro; y desatando la honda que ceñía sus hijares y colocando en ella un greso guijarro, lanzóle sobre el ave con tan certera puntería, que cayó exánime algunos pasos más adelante del sitio en que se detuvo á beber. Corrió á recogerla, pesaroso yá del bárbaro acto que habia cometido, cuando tuvo que detener el paso ante un monstruoso reptil que, cubierto en gran parte por el

arroyo, arrojaba por las fauces un licor ponzoñoso que enturbiaba las aguas.

A la vista de tan inesperado espectáculo comprendió el halconero la fidelidad de la desgraciada ave que agonizante batía contra el suelo por última vez sus hermosas alas. Lloró esta desventura: lloró su crueldad: lloró la muerte de aquel generoso amigo que perdió la vida por salvarle la suya: pero por agudo y lastimero que fué su llanto, no halló alivio á su pena. Y traspasado el corazón de dolor y ahogado por los gemidos, bajaba, bajaba, tristemente la montaña en el momento en que la alegre juventud que ya llegaba á Sta. Agueda y que presencié el suceso, arremetió denodadamente contra el horrible mónstruo hasta hacerlo pedazos.

Pocos días despues comenzóse á crijar en aquel sitio una tosca fuente que, aunque ruinoso, porque el tiempo todo lo destruye, existe todavía; pero lo que no ha destruido el tiempo, á pesar de todo su poder, es la tradición que religiosamente se conserva, la cual reza, que todo aquel que bebiere agua de esta fuente el día 5 de Febrero, que es el de la imágen de Sta. Agueda que en la ermita se venera y á la que el pueblo vizcaino consagra la primera romería, tiene asegurada la vida en los 329 días restantes de cada año.

JUAN E. DELMAS.

